La luna llena

No podía abrir los ojos, oía rumores, tal vez palabras, en un idioma desconocido. Le pesaban los párpados tanto, que no era capaz, por más que lo intentaba, de levantarlos.

Sentía calor en el cuerpo, notaba pesadez en todo él y deseaba, con todas sus fuerzas, mirar. Si no fuera por los susurros de su alrededor, hubiera seguido durmiendo, pero las voces insistían. Se restregó, con fuerza, los ojos. Levantó un párpado e inmediatamente lo cerró. El sol le produjo un terrible escozor.

Notó que algo caía sobre ella, una tela suave, acariciadora y las extrañas palabras volvieron a sus oídos. Intentó apoyarse en los codos, pero la cabeza pesaba demasiado y se tumbó de costado, de nuevo las voces en los oídos, las palabras le parecían amables. Abrió lentamente los ojos, el sol la destrozaba, ese sol de los trópicos a mediodía, un infierno que abrasa.

Al incorporarse, se notó desnuda, apenas cubierta por un miserable y sucio batik. Empezó a moverse, comprobando que podía hacerlo. No sabía dónde estaba, ni qué hacía allí, desnuda a pleno sol, rodeada de gente que, con suaves palabras, emitía mensajes que no podía entender.

Se sentó despacio, apoyó los codos sobre las rodillas y se tapó la cara. No había nadie conocido cerca, no entendía el idioma, estaba completamente desnuda. Despacio, deletreando, dijo cuatro palabras:

—Nusa Dua, Melia Bali

Fue suficiente. Alguien puso una botella de agua en sus manos, bebió un sorbo y el líquido la devolvió a la realidad. Como un relámpago pasó por su cabeza la hora de salida de su vuelo. No sabía dónde estaba, posiblemente en Kuta, lejos de su hotel, tenía que dejar la habitación, recoger todo, su pasaporte, sin él no podía volar.

Buscó en vano su bolso.

Alguien le echó otros sucios batiks por encima y casi en volandas la llevaron hasta un coche, mientras ella repetía una y otra vez:

—Melia Bali, Nusa Dua.

El aire acondicionado terminó de despejarla, sintió un escalofrío y su cuerpo tembló. Se notó sucia, desesperada, no era capaz de recordar qué demonios había sucedido con los demás.

El viaje fue lento, tanto que , a ella le dio tiempo a mirar aquella carretera recorrida tantas veces con sus compañeros. Los coches se acercaban peligrosamente, las motos encolerizadas, como queriéndose estrellar contra el taxi, los peatones invadiendo la carretera, las mujeres con ofrendas, los niños con escobillas en las manos.

Todo un mundo se movía por la carretera, mientras Luisa volvía a la realidad.

Ya estaban ahí los magníficos campos de golf del sur y los lujosos hoteles. Una realidad muy diferente de la vivida hacía sólo unos instantes. Así era la isla, un paraíso de contrastes.

Todo el mundo andaba revuelto en el trajín de ir y venir del hotel.

Al verla aparecer de aquella manera, los cuchicheos fueron en aumento, sin prestar atención a las mujeres que la miraban con desprecio, se dirigió a información a pedir una tarjeta para su habitación. Dijo que le habían robado la suya, o que había perdido el bolso, que pagaran al taxi que esperaba fuera. El encargado del grupo se acercó a preguntarle qué había pasado. No recordaba nada. La recepcionista le pidió que se diera prisa, el autobús al aeropuerto salía en veinte minutos.

Se duchó , sintiendo deslizarse el agua por su piel acribillada y las lágrimas corrieron por sus mejillas, mientras oía golpes en la puerta.

Metió todo en la maleta, sin orden. Se vistió y abrió, su compañero la abrazó. No sabía nada, él acababa de regresar como ella, desorientado también. Juntos aclararon las cuentas y subieron al autobús. Luisa le pidió que la dejara sola, tenía que dormir y se fue hasta el fondo.

Mientras volvía a repetir el mismo camino, transitado a diario, durante los días pasados en Bali, Luisa fue viendo lo sucedido la noche de la despedida. La cena exquisita en el hotel Meliá, su precioso vestido rojo, los amigos con los que había compartido aventuras en esos días inolvidables, María y sus deseos de aprender a bailar como las aborígenes, con su escotado vestido negro, ajustado como un guante. Las copas de arak, el sorbete de frutas de la pasión, una flor de hielo dentro de la que había una ambrosía minúscula. El viaje a Kuta buscando la última diversión, recordó "Jalan Bakung Sani", tomaron otra copa de arak en un bar, el Casablanca, quizás. El concurso de bebedores de cerveza, en un ambiente salvaje, gritos, risas, sudor y preciosas bailarinas de dedos larguísimos, semidesnudas, a las que María imitaba.

Salieron buscando más diversión hasta la discoteca más in "Peanuts" , otra copa y ya no pudieron ir al "Koala Blu".

La despertó su compañero de viaje, recogió su bolso de mano y se dirigió al embarque con su pasaporte. El policía examinó la foto y durante tres largos minutos la estuvo observando. La cola se impacientaba, las mujeres cuchicheaban. Miró hacia tras buscando ayuda, cuando el policía le dijo que siguiera al entregarle el pasaporte.

En el avión una encantadora azafata de la Thai le deseó buen viaje. Se arrellenó en su asiento esperando el despegue y se durmió.

Kuta es un hervidero de juerguistas internacionales, peligrosa, muy peligrosa. No fueron al Koala Blu, alguien decidió un baño en la playa, el último en el Índico. El taxi esperaría hasta las cinco, había tiempo. La noche brillaba iluminada por la luna

llena y la luz de algunos antros de dudosa reputación. Hacía mucho calor, la arena se colaba por las tiras de las sandalias de Luisa, se las quitó y le pidió a un colega que le bajara la cremallera de su impecable vestido rojo. La mano se deslizó suavemente por su espalda, recorriendo cada una de sus vértebras. A su lado, María reía a carcajadas.

La despertó un ruido brusco, habían bajado el tren de aterrizaje, era obligatorio el uso del cinturón. Una joven azafata le dio un vaso de zumo muy frío. Iban a aterrizar en Bangkok. La espera se alargaría cuarenta minutos. No tenía ganas de moverse. Cerró los ojos y las imágenes de la playa pasaron al galope por su mente. Los gritos de María pidiéndole que corriera, la pelea, el vestido rojo destrozado, la caída, el golpe, sola, acompañada únicamente por la luna llena.